



Fig. 1.
Ceremonia religiosa del Jueves Santo en la Basílica, grabado del s. XIX por Rotondo. El Monumento hecho en madera es diseño de Juan de Herrera siguiendo la traza del Templo de los Evangelistas y del Tabernáculo. Hoy día se puede contemplar en la Basílica situado en el mismo sitio en el que aparece en el grabado. (Ver imágenes de este diseño, el más emblemático del Monasterio, en pp. 137, 170 y 201.)



EL ESPACIO VACÍO

SOBRE las cinco de la madrugada del domingo 13 de septiembre de 1598, los niños del seminario de El Escorial comenzaban a entonar su habitual Misa del alba. Estaban situados en el llamado «coro del seminario», detrás de las rejas cerradas que separan la basílica propiamente dicha del llamado «sotacoro», ese oscuro y desconcertante atrio que oculta más que introduce la gran iglesia y sobre el que campea la conocida bóveda plana. Sus voces llenaban el enorme espacio cuadrado y esférico de la basílica, vacía de personas humanas, de bancos y sin púlpitos, pues la del monasterio de El Escorial nunca fue iglesia abierta al público. Ya que «mandó Su Majestad que en la Capilla principal [...] no entrase jamás algún género de gente [...], porque es Capilla Real donde, como ni en sus Aposentos [...] no entran todos indiferentemente, ni tampoco en esta Capilla».¹

1. Fray José de Sigüenza, *La Fundación del Monasterio de El Escorial*, Madrid 1605. Reedición de Editorial Turner, 1988. pp. 108-109. Las citas sobre la privacidad de la gran basílica son contundentes: pp. 110, 217, 306: «Donde como en Capilla Real no pudiesen entrar indiferentemente todos [...], donde no había de haber gente que la ocupase»; p. 217: «No todos entran por estas puertas».

Como todas las madrugadas, las voces de los niños atravesaban el inmenso vacío. Lamían suavemente las rojas y empinadas escalinatas del presbiterio envolviendo los bronces y las pinturas del retablo y empapando de extraño brillo los severos y bellísimos cenotafios familiares del Emperador y del propio Felipe II. Y, a través de las puertas de su dormitorio que se abrían directamente sobre el presbiterio —en realidad, el salón sagrado de su palacio y su capilla real—, esas voces de niños despertaban al rey cada madrugada por expreso deseo suyo.

Pero ese domingo el canto sólo despertó a las campanas que tocaron alertando a la comunidad jerónima, a los servidores de palacio y a todos los campanarios de Europa.² Felipe II acababa de fallecer a sus setenta y un años, tres meses y diecisiete días. El Escorial, su espacio de poder, quedaba vacío. Habían pasado exactamente catorce años desde aquel otro 13 de septiembre de 1584 en el que había puesto la «última y postrera piedra con una cruz esculpida en la cornisa del patio [...] sobre el aula de Teología».³ Y «durmió en el Señor [...] casi encima de su propia sepultura».⁴

2. Sobre la Misa del alba y el despertar del Rey, ver Padre Sigüenza, o.c., p. 189. Este detalle poético y conmovedor lo citan casi todos los cronistas. Baltasar Porreño, *Dichos y Hechos de Felipe II*, 1627. Reedición de Pedro Bibanco Angulo, 1748. p. 13. Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe II Rey de España*. Reedición de 1877. Tomo IV, p. 325.

3. Fray Juan de San Jerónimo, *Memorias de Fray Juan de San Jerónimo*, Colección de Documentos inéditos para la historia de España. Tomo VII. 1845. Edición facsímil del Patrimonio Nacional, p. 393.

4. Padre Sigüenza, o.c., p. 189: «Durmió en el Señor [...] casi encima de su misma sepultura». Es importante caer en la cuenta de los significativos detalles que narra el hebraísta Jerónimo: Felipe II colocó su dormitorio en el plano del presbiterio, pero exactamente encima de su panteón. Y colocó su propia estatua orante encima de su dormitorio y en el plano del Sagrario.

Con Felipe II moría también el Renacimiento en España y aquella extraordinaria e irreplicable generación de reformadores religiosos y de exploradores de la naturaleza y del arte. En aquel dormitorio amueblado con muebles y escritorios idénticos a los de las celdas conventuales, «no de mejor hechura ni madera»,⁵ moría el más poderoso e inquieto de los príncipes del Renacimiento. Y allí quedaron sus esferas armilares, sus alambiques alquímicos,⁶ su fabulosa biblioteca, sus colecciones de armas y tapices, de pintura y escultura, sus talleres de bordadores, de pintores y escultores, plateros y orfebres, sus exploradores, sus sabios, sus misioneros, sus aventureros y capitanes. (Fig. 2.)

Pocos días antes había llamado a Juan Ruiz de Velasco, caballero de su cámara, al que seis años antes había dado instrucciones precisas sobre su enterramiento y funeral. Las velas bendecidas en Montserrat estaban ya preparadas y el pequeño crucifijo con el que había muerto el Emperador, su padre, estaba colgado enfrente de sus ojos en los barrotes del dosel de su cama. «Acordaos bien, para cuando os pida esto, que están en este cajón estas velas y este crucifijo que fue del Emperador mi padre [...] y así pienso morir yo». Efectivamente, y lle-

5. Ídem, o.c., p. 272.

6. Ver Jean L'Hermite *Les Passetemps*. Editado por Overleaux-Petit. Gante, 1896. Tomo II, p. 75 ss., dibujo de los alambiques de Felipe II en El Escorial; p. 108, listado de los árboles plantados en Aranjuez. La alquimia como transmutación de la materia percedera en materia salvífica. En El Escorial existían enormes alambiques en la planta baja de la Torre de la Botica que se destinaban a la obtención de quintaesencias y drogas medicinales de todo tipo. Geoffrey Parker, *Felipe II*, Alianza Editorial, 1985, p. 73. Parker cita que en las huertas de Aranjuez se recogían ciento ochenta arrobas anuales de pétalos de rosa con destino a productos medicinales.

Porreño, o.c., pp. 259 y 276. F. Rodríguez Marín, *Felipe II y la alquimia. Reivindicación del siglo XVI*. Madrid, 1928.

Fig. 2.
Aposentos reales.
Despacho
privado y
dormitorio
de Felipe II desde
su cámara.





gado su momento, «...a las tres de la mañana [...] tornóle a dar Don Fernando de Toledo la candela de Nuestra Señora de Montserrat, alzó el Rey los ojos y le miró riéndosele y [...] dijo: “Dadla acá que ya es hora”». ⁷ Deseos que, lejos de ser morbosos, mostraban su paz y su coherencia con la fe que profesaba y con los símbolos de El Escorial. «Y así me habéis de sepultar.» ⁸ Había designado las personas que debían vestirle: Cristóbal de Mora y Fernando de Toledo, a solas, le pusieron una camisa limpia, le cubrieron con una sábana y pusieron sobre su pecho una simple cruz de madera. «Atáronle al cuello un cordel y de allí colgaba una cruz de palo: esta joya sola en vez del Collar y Toisón de oro y perlas.» ⁹

Aquel domingo le velaron en su dormitorio y sobre las seis de la tarde le sacaron por la discreta puerta que da al gran armario del Relicario de San Jerónimo ante el que Felipe II había pasado tantas horas meditando y viendo en aquellas reliquias la esperanza de la resurrección. ¹⁰ Y por la escalera del Patrocinio —su habitual y discreto itinerario para vivir con los monjes—, lo depositaron en la sacristía. Al

7. Padre Sigüenza, o.c., p. 184 y 187. También lo cita Porreño, o.c., p. 190. Felipe II había planificado serenamente cómo deseaba morir y viajaba con esas velas y ese crucifijo del Emperador. Lo guardaba todo en una caja que a su vez guardaba en el escritorio portátil que llevaba en sus viajes. El suceso narrado ocurrió en Logroño camino de Tarazona. El crucifijo mandó se guardase para el mismo uso cuando rindiese la vida su sucesor Felipe III. Todo esto hay que entenderlo desde las profundas creencias transcendentales de Felipe II y desde la óptica de la monarquía hereditaria y lo que esto suponía para la sociedad y las conciencias del siglo XVI.

8. Porreño, o.c., p. 190. Ver también Cabrera de Córdoba, o.c., tomo IV, p. 325 y Padre Sigüenza, o.c., p. 184.

9. Padre Sigüenza, o.c., pp. 184 y 190.

10. Felipe II llegó a reunir en El Escorial hasta 7.422 reliquias. Parker cita que podrían formarse doce cuerpos enteros, además de 144 cabezas y 306 miembros diversos, etc. Parker, o.c., p. 78, nota 19. El índice de materias del Padre Sigüenza es significativo. O.c., Índice. Ver también Porreño, o.c., p. 181.

día siguiente, monjes y nobles llevaron a hombros su doble y pesado féretro de plomo y madera. El solemne cortejo pasó bajo las monumentales pinturas murales de Tibaldi en el claustro mayor, que representan la vida, muerte y resurrección de Jesús y que entonces cobraron todo su significado al pasar bajo ellas el féretro del gran creyente que fue Felipe II. E ingresó en la basílica por la Puerta de Procesiones, habitualmente cerrada, y que comunica directamente el claustro mayor con la basílica.¹¹

El túmulo no estaba colocado ni en el presbiterio ni en la gran escalinata a la cabecera de la iglesia mirando al público. Rompiendo la lógica de una ceremonia fúnebre multitudinaria, estaba en un insólito lugar: en el exacto centro del cuadrado de esa basílica exactamente cuadrada y mirando a la esfera inmensa y sorprendente de la cúpula. Por su expresa indicación, el cuerpo del Rey fue colocado en el centro del cuadrado que genera la esfera. El mismo lugar «en medio del cuerpo de la iglesia» que antes habían ocupado sus padres y sus familiares directos, trasladados a El Escorial desde los diversos puntos de España donde habían sido enterrados;¹² (fig. 3) en ese centro desde el cual el

11. Padre Sigüenza, o.c., p. 191. Hay que tener en cuenta que la actual puerta de ingreso a la Basílica desde el Patio de Reyes no era la puerta ceremonial de acceso, sino esta Puerta de Procesiones que unía el claustro mayor con la basílica, todo ello dentro del monasterio. El cronista Cabrera de Córdoba no fue testigo presencial y hace entrar el féretro de Felipe II «por la portería y puerta principal de la iglesia», quizá por parecerle más solemne (o.c., volumen IV, pp. 326 y 381). Esta ceremonia fúnebre en El Escorial fue sólo para la familia real, para la comunidad jerónima y para la corte habitual de Felipe II. Las solemnes exequias oficiales y públicas se celebraron días después en Madrid, ya rey Felipe III, en la iglesia de los jerónimos. Cabrera de Córdoba, o.c., volumen IV, p. 327. También lo cita Jean L'Hermite, o.c., tomo II, p. 151. Jean L'Hermite fue testigo presencial en ambas ceremonias. La disposición del túmulo de Felipe II en la iglesia de Los Jerónimos era la misma que tuvo el féretro del Rey en la basílica de El Escorial, mirando hacia el altar y en el lugar inmediatamente anterior al presbiterio.

12. Padre Sigüenza, o.c., p. 113 y 191. Ver también Jean L'hermite, o.c., tomo II, p. 158.

antiguo símbolo de la figura cúbica encierra dentro de sí misma la esfera inscrita. En la simbología sagrada del Renacimiento y ya desde la antigüedad, el mundo material se representa como un cuadrado en cuyo centro se genera la Divinidad. Ésta se representa en forma de esfera. Eran los símbolos arcanos y míticos de la materia transfigurada tan queridos por el rey. La cuadratura del círculo y la unión de los contrarios. La vida más allá de la muerte.

El cuerpo de Felipe II quedó depositado en ese punto central y geométrico del cuadrado perfecto de cincuenta metros de lado que es su basílica. Punto central que al mismo tiempo señala el centro de la esfera inmortal, la cúpula, elevado punto de luz que ilumina el gran espacio cúbico que se desarrolla debajo de ella. Esta es la esencia del misticismo y la magia del siglo XVI y la explicación de El Escorial. Los grandes proyectos decorativos del Rey realizados por sus pintores y escultores —Cambiasso, Tibaldi, Zúcaro, Leoni, Monegro— giran alrededor de ese punto donde Felipe II quiso ser depositado simbólicamente antes de su bajada al panteón.

Como reiteradamente anota el cronista Padre Sigüenza, todo en El Escorial es obsesivamente cuadrado, incluyendo marcos y dinteles de puertas y ventanas, excepto las puertas que llevan a esta basílica desierta y silenciosa —el centro—, que son puertas semirredondas. Porque había dispuesto que «todas cuantas puertas entran inmediatamente a la Iglesia fuesen de arco y ninguna de cuadrado, porque el medio círculo que hacen [...] dice como una participación de la divinidad [...] hasta que se haga el círculo perfecto y se goce aquello que no tiene principio ni fin».¹³ Para ese momento místico de su transfiguración se

13. Padre Sigüenza, o.c., p. 314.

PLANO des pourpres de terre
 Regnie de St. Jeronim par la quelle
 se font Processions, et des portiers
 quel y avoit touchant
 les obseques de
 feu salmte.

F. la couronne du Roy

A. chaire du premier ordre
 d'hotel.

B. le banc des grands

C. banc des Archevesques

D. chaire du cardinal des
 cheneux de sainte.

E. banc des Princes

F. les portes d'hotel en pied

G. la chaire de Sermon

H. les bancs des Princes

I. les maistres

L. banc des chappellains

M. banc des hauts

N. chappelles au retour
 d'annees principales
 des obseques.

O. une chaire principale
 par la quelle se font
 trois sermons

P. les Roys & Reines

Q. la tombe

R. le premier banc des
 tous pres de l'onneur.

S. le second banc des
 qu'on pres de l'onneur.

T. le troisieme banc d'au
 tres pres de l'onneur.

V. les degres pour aller
 au grand autel. Les
 Synodes & Reunions
 sur les neiges, et
 Religions de la ma
 nillere, pour y
 avoir le service
 funebre.

X. l'entree de la porte
 qui est par les
 Religions de la ma
 nillere, pour y
 avoir le service
 funebre.

Z. la porte principale
 de l'eglise, la quelle
 y a de service.

U. la porte de celle
 de l'onneur, par la
 quelle on va au
 M.

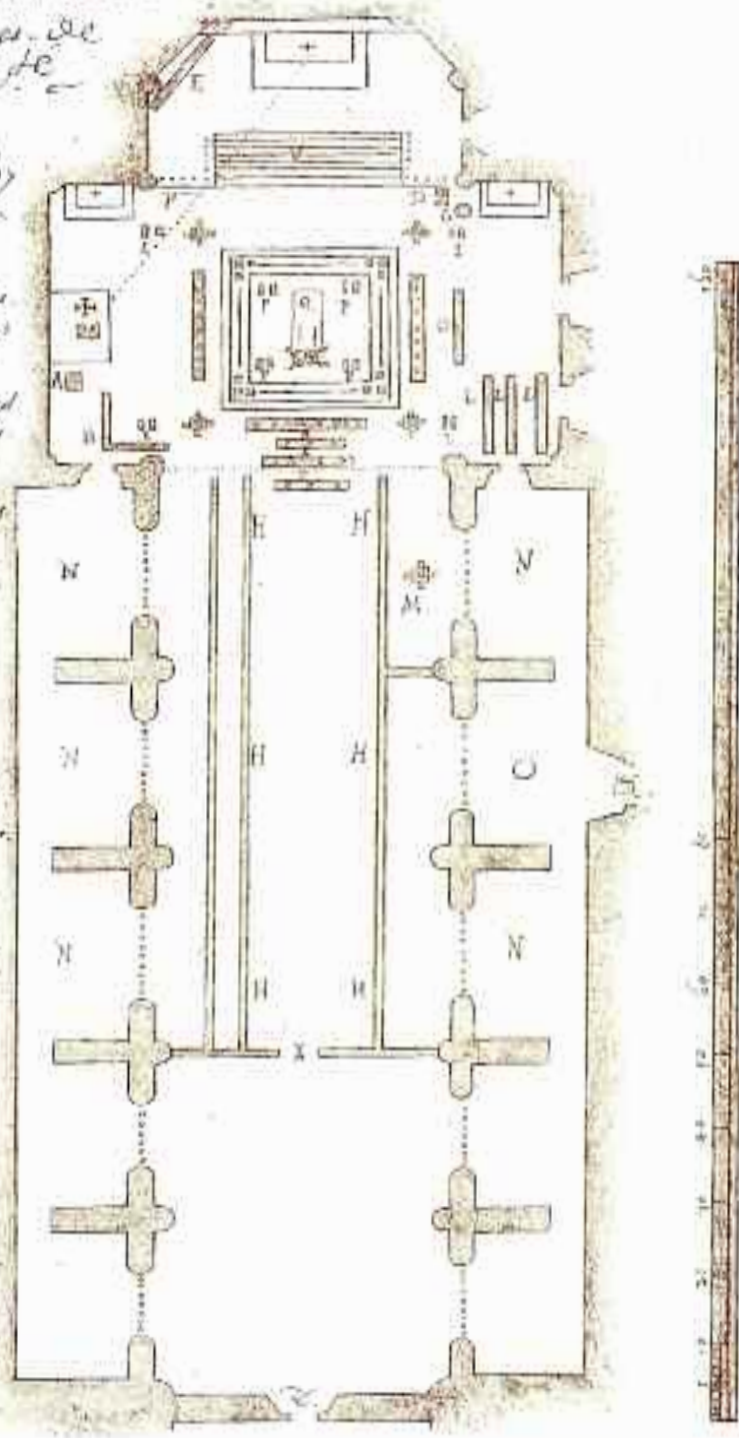


Fig. 3.
 Plano
 de los Funerales
 de Estado
 en San Jerónimo
 el Real
 de Madrid, con
 el túmulo
 de Felipe II situa-
 do de modo simi-
 lar al
 de sus funerales
 en El Escorial bajo
 la gran cúpula
 central. Según
 J. L. Hermite,
 su ayuda
 de cámara.

había preparado Felipe II con la minuciosidad que le caracterizaba,¹⁴ sobre todo desde que los médicos hablasen con Don Cristóbal de Mora, servidor de su cámara, y le diesen el encargo de comunicar al Rey que su vida «se iba acabando aprisa; que se lo dijese claro para que se aparejase a la partida; [...] díjosele y escuchólo con alegre semblante».¹⁵

Felipe II había cerrado todos sus símbolos trabajados y meditados durante los veinte años que duró la construcción de El Escorial, incluso la madera de su féretro. Era la misma que la madera de la gran cruz que sostiene el Cristo de Leoni coronando el retablo mayor. Fue elegida por el propio Felipe II en Portugal y provenía de la quilla de un galeón portugués semihundido en la rada de Lisboa. El galeón se llamaba *Cinco Llagas*, nombre sugerente del Crucificado, y la madera la llamaban del «paraíso por su resistencia a pudrirse; [...] quien considere tantas circunstancias del árbol y de su nombre [...] podrá sin miedo decir que son cosas más que acaso».¹⁶ El destino final de ese féretro era una iglesia redonda, el panteón circular símbolo de la inmortalidad que el rey situó en los cimientos mismos de su palacio. El féretro descansaría debajo de sus habitaciones y despachos privados donde vivió y debajo del gran Cristo de Leoni: la envoltura de madera de los restos humanos, abajo, sería la misma madera que la cruz victoriosa de la muerte, arriba. (Fig. 4.)

14. Padre Sigüenza, o.c., pp. 180 y ss.

15. Padre Sigüenza, o.c., p. 187.

16. Además de reservar estos dos lotes de madera, otro se destinó a bancos para los pobres que se pusieron en el atrio de la basílica junto a la portería del monasterio. Y otro lote se destinó para crucifijos de los altares en la basílica que están cerca de la Puerta de Procesiones. Padre Sigüenza, o.c., p. 185.

En aquella mañana del lunes 14 de septiembre de 1598 la semiesfera de la cúpula iluminaba a plomo el túmulo de Felipe II bajo ella. En su cabecera, un jovencísimo y atónito Felipe III, «mirándolo y advirtiéndolo todo, [...] y [...] mirando atentamente, que había bien que mirar y aprender».¹⁷ Así se completaron todos los símbolos que habían realizado para su señor los arquitectos Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, sabios iniciados, filósofos herméticos, geómetras y matemáticos, fervientes seguidores de la mística de Raimundo Lulio.¹⁸

En aquel momento planificado de su ceremonia fúnebre culmina no sólo una vida, sino que cobran vida todas las estructuras y nervaduras de piedra, todas las pinturas y esculturas simbólicas, todos los libros y los tesoros del Rey convertidos en ornamentos litúrgicos y objetos ceremoniales o tapizando de oro y pedrería el soberbio Tabernáculo de cuya cúpula interior pendía el mayor topacio conocido. El poder humano al servicio del Poder divino e identificado con él.

17. Padre Sigüenza, o.c., pp. 190-191. También lo narra extensamente Jean L'Hermite, o.c., tomo II, p. 150 y ss.

18. Al igual que Juan Bautista de Toledo, Juan de Herrera se acomodó perfectamente a la mentalidad y deseos de Felipe II. Ambos fueron de formación semejante y mucho más que simples arquitectos, muy distintos a los muchos que trabajaron en la corte. Sus biografías completas están todavía por hacer.

Fig. 4.
Calvario en el
ático del Retablo
entre San Pedro
y San Pablo,
obra de los Leoni
(1588).

La madera
de la cruz
es la del galeón
«Cinco Llagas»
y la misma que
la del féretro
de Felipe II ,
simbolizando
la esperanza
de resurrección
con el Resucitado.
Las pinturas
del fondo
son de época
posterior. Las
pintó Lucas
Jordán para
Carlos II , bisnieto
del Rey.



